

labras de su sabiduría, y á fin de que este estudio produzca al mismo tiempo los frutos abundantes que Nós deseamos, sobre todo en interés de la juventud dedicada al Sagrado Ministerio, juventud que es nuestro constante desvelo y la esperanza de la Iglesia.

Emplead con ardor vuestra autoridad y multiplicad vuestras exhortaciones á fin de que estos estudios sean florecientes en los Seminarios y Universidades que dependen de nuestra jurisdicción. Que florezcan pura y felizmente bajo la dirección de la Iglesia, según las saludables enseñanzas y los ejemplos de los Santos Padres, siguiendo las costumbres de nuestros antepasados; que hagan en el transcurso del tiempo tales progresos, que sean verdaderamente el apoyo y la gloria de la verdad católica y un don divino para la salvación eterna de los pueblos.

Nós, por último, advertimos con amor paternal á todos los discípulos y á todos los Ministros de la Iglesia que cultiven las Sagradas Letras con un respeto y una piedad vivísimos. Porque su inteligencia no puede abrirse como es necesario de una manera saludable si no echan fuera la arrogancia de la ciencia terrenal, y si no emprenden con ardor el estudio de esa «sabiduría que viene de lo alto». Una vez iniciados en esta ciencia, alumbrados y robustecidos por ella, su espíritu tendrá un poder extraordinario hasta para reconocer y evitar los errores de la ciencia humana, cosechar sus frutos sólidos y enderezarlos á los intereses eternos. El alma se encaminará de este modo con mayor ardor por las ventajas de la virtud y estará con mayor viveza animada del amor Divino. «Dichosos los que averiguan sus testimonios y los guardan con todo su corazón!»

Y ahora Nós, apoyado en la esperanza del divino socorro y lleno de confianza en nuestro celo pastoral, os condecimos con la mayor complacencia en Dios, como prenda de los favores celestes y en testimonio de Nuestra partí-

cular benevolencia, la bendición Apostólica á todos vosotros; á todo el clero y al pueblo que os está confiado.

Dado en Roma, junto á San Pedro en 18 de Noviembre del año de 1893, décimosexto de Nuestro Pontificado.

LEON XIII, PAPA

## ARTÍCULO XXVIII

### LA HISTORIA ECLESIASTICA

Plan universal é historia universal.—Filosofía de la historia.—Criterio cristiano.—Sistemas modernos de filosofía de la historia.—Kant, Hegel, Lessing.—Pragmática de la historia.—Buckle y su escuela.—Sin Jesucristo no es posible la construcción de la historia universal.—La historia antes y después de Jesucristo.—Carácter de una y otra.—Historia eclesiástica é historia profana.—Dios, clave de la historia.—Consideración de la historia bajo el aspecto religioso.—La historia de la Iglesia, prueba de la divinidad del cristianismo.—Historia de la cultura católica (1).

«La historia», ha dicho con vigoroso acento Schlegel, «es una epopeya divina, y el historiador un profeta que mira hacia atrás.» Esto, sin embargo, no puede aplicarse más que á la consideración religiosa de la historia, que que mediante la revelación concibe el pensamiento de un gran plan ó designio de Dios, que sin vacilaciones conduce á la humanidad hacia su fin, á través de las diferentes fases de su desarrollo progresivo. Á la luz de este conocimiento, en efecto, y mediante el cristianismo, se muestran en plena luz el principio y fin de toda la historia, al par que el gran acontecimiento que constituye su punto céntrico, la encarnación del Verbo, de la cual parten los diferentes hilos que nos conducen, en sentido regresivo, hasta la creación del mundo, y en sentido progresivo, hasta su complemento y perfección en el curso de los siglos y al compás de los acontecimientos que durante ellos se desarrollan. Fué un gran pensamiento el de

(1) Del «Timoteo» de Hettinger.  
VOLUMEN III

San Agustín en su libro «*De civitate Dei*», el de un plan único de la historia universal, á saber, la educación de la humanidad en la historia y por la historia. En el origen y fin de la creación encontró la base sobre la cual fundó su filosofía de la historia, y abarcando con penetrante mirada toda la serie de los tiempos, desde el pecado del primer hombre hasta el juicio postrero y definitivo, mostró los hilos que unen los dos fines de la vida del mundo en ese plan grandioso. Según él la historia comienza ya antes de la existencia de este mundo, en la región de los puros espíritus, donde un imperio del mal, el reino de Satanás, intenta levantarse y afirmarse frente al reinado del bien, que es el reino de Dios. Esta lucha se presenta desde luego acá en la tierra en la caída del primer hombre; se manifiesta en Caín, el hijo del mundo, contrario á Abel, el hijo de Dios; en las grandes monarquías de Babel y Roma en oposición á Jerusalén, la ciudad santa de Dios, que en el curso del tiempo va construyéndose por la mano de Dios. En ella habita Cristo, que constituye el punto culminante de la historia del pueblo judío y el centro de la historia universal, y vive y se continúa en la Iglesia, que es el nuevo reino de Dios acá en la tierra, hasta que termine la lucha empeñada entre los dos poderes, hasta que sea vencida Babel, y Jerusalén aparezca en todo su esplendor y la tierra se halle en punto de ser clarificada. Sobre todo lo cual se cieme la Providencia, que, tranquila é inmóvil, como el sol en el alto cielo, deja á lo intranquilo y móvil á su propia destrucción, puesto que el mal no es en realidad y nunca podrá llegar á ser. Todo lo que bajo esta Providencia se coloca será fomentado y conservado por ella, y ella lo atraerá hacia sí. Iluminado por este pensamiento Humboldt hubo de exclamar: «Sin un gobierno universal, no es comprensible la historia» (1).

Esta concepción profundamente cristiana de la historia

(1) Véase J. Gorres, «*Ueber Grundzüge, Gliederung und Zeitfolge der Weltgeschichte*», Bd. 2, Munich 1880.

del mundo constituyó el verdadero fondo de la filosofía de la historia hasta principios del siglo XVII. Los mismos cronistas locales la ponían de relieve cuando al historiar los sucesos de una ciudad comenzaban remontándose hasta el principio de la creación del mundo y del hombre, y refiriendo en breves rasgos los principales acontecimientos de la historia santa pasaban á tratar el objeto inmediato y directo que en sus crónicas se proponían escribir. Este pensamiento, que había echado hondas raíces en el espíritu general de los pueblos, comunicaba á la consideración de la historia un carácter profundamente espiritual, hacía concebir todos los acontecimientos á la luz y bajo el aspecto de la inmortalidad, ordenándolos en armonía con esta idea dominante, y de él en fin recibía la organización externa de la sociedad su verdadera idea directiva. Considerada desde el punto de vista de la revelación, la historia universal no era la obra del ciego acaso, del cálculo, astucia ó violencia humanas, puesto que los acontecimientos de la humanidad se explican, tratándose de la historia de los siglos que á Jesucristo precedieron, considerándolos como peregrinación de la humanidad pecadora por las regiones de la penitencia y de la esperanza, y los sucesos de los individuos encuentran su explicación en la ordenación divina y en la humana libertad. Ya no aparecen á nuestros ojos los pueblos cual confusa multitud, sino como miembros de una gran familia destinada á constituir la Iglesia, el reino visible de Dios en este mundo, para ser por ella elevados á las alturas de la vida espiritual y conducidos á su propio fin, á la libertad del pecado y de la muerte.

Por aquí comprenderás, mi querido Timoteo, que la filosofía de la historia sólo se concibe basada sobre los principios de la revelación, cuyo desarrollo se nos descubre en la historia de la Iglesia, tomada esta palabra en su sentido más lato. En los últimos tiempos, al par que ha decaído el verdadero concepto cristiano, se ha obscureci-

do también considerablemente esa idea grandiosa que, en la historia, relaciona los acontecimientos particulares con el gran todo universal. De esa idea sublime del todo que en la historia palpita, no quedó, al fin, más que una representación indeterminada é insulsa de la humanidad, un concepto vago y general. Pero aun esta misma idea ha sido rechazada por los modernos historiadores imbuídos en principios materialistas, y hasta el mismo Herder dejó de admitir los conceptos universales de género, humanidad etc., considerándolos como «ideas propias de la metafísica medioeval». Las tentativas hechas para presentar la razón absoluta (Hegel), el espíritu universal, como agente y contenido del proceso histórico, resultaron fallidas, pues el yo, la personalidad libre, con todas sus vicisitudes y afectos, no quiere ser sepultado en el fondo del monstruo que bajo el nombre de espíritu del mundo, todo se lo traga. Igualmente insuficiente ha resultado el sistema que pretende establecer como principio fundamental para explorar la historia en su conjunto, el progreso indefinido de la humanidad; pues, como el mismo Kant decía, «es cosa extraña que las generaciones precedentes sólo aparecen para hacer, por decirlo así, el negocio de las siguientes, esto es; para elevarlas á un grado superior desde el cual puedan más fácilmente continuar la construcción del gran edificio que la naturaleza ha diseñado; lo mismo que la anomalía de que solamente las generaciones posteriores han de gozar el placer de habitar ese edificio, en el que han venido trabajando todas las anteriores (aunque inconscientemente), sin que les sea dado tomar parte en la felicidad por ellas preparada. Y con todo, por muy difícil de comprender que esto aparezca, es sin embargo necesario, si se supone que una especie animal dotada de razón, considerada como una clase de entes racionales, mortales en particular pero inmortales en especie, indefectiblemente ha de llegar al complemento de sus facultades.» Lessing á su vez intentó resolver esta dificultad admitiendo la hipó-

tesis de la metempsicosis ó transmigración de las almas, es decir, pretendiendo explicar un enigma con otro (1).

Ante la convicción de la imposibilidad de llegar, por este camino, á un conocimiento claro del curso de los acontecimientos de la historia, se procuró introducir en ella el pragmatismo, ó sea el sistema de exposición de los hechos por la relación de dependencia interna entre causa y efecto. Pero los hechos tales como los tomamos de sus fuentes, son particulares y accidentales, y en ellos, por consiguiente, sólo puede basarse la conexión causal que conocemos, y sólo la exterior, pero en manera alguna la verdadera, interior. Mucho menos podríamos aprender en esa causalidad, puramente externa, el conocimiento de la historia como un gran todo, puesto que á cada paso querríamos saber por qué todo eso sucedió en tal período determinado, y en aquel y no en otro pueblo. ¿O hemos de decir que toda la historia no es más que un conjunto de casualidades que conservan entre sí cierta dependencia, pero que hubieran podido muy bien seguir otra marcha, si otras hubieran sido las circunstancias casuales? Por qué éstas no se presentaron, he aquí á lo que el pragmatismo no responde de modo alguno. Por eso el mismo padre del pragmatismo (Polibio, siglo II a. de Jesucristo) no buscó en estas casualidades el principio supremo é inmediato del desarrollo de la vida histórica, sino en un destino más alto, divino (2). Buckle y sus discípulos, al escribir la historia de la civilización, no erraron precisamente en querer descubrir ciertas leyes de causalidad entre los diferentes hechos de la historia; sino su error consistió en afirmar que las tales leyes producían necesariamente y con cierta fatalidad sus efectos sin dejar lugar á la libertad. Según ellos, el gran factor de la historia son las fuerzas naturales guiadas por una ciega necesidad. «La cien-

(1) En el tratado: «Erziehung des Menschengeschlechts» (Sobre la educación del género humano),—(2) *Histor.* XXXVII. 3.

cia, dice uno de éstos (1), ha rasgado el velo de lo futuro, y contemplado ya el fin de la humanidad... Aunque en plazo remotísimo, pero infaliblemente, según su fallo, por falta de agua y ácido carbónico en la tierra desaparecerán los seres orgánicos y con ellos el hombre. La lucha entre los elementos y fuerzas de la naturaleza lo mismo que la lucha por la existencia entre los seres vivientes terminará... Despojada la tierra de sus atmósferas y de su reino vital, y reducida á un estado de desolación semejante al de la luna, continuará como antes girando al rededor del sol; mas la especie humana, su cultura, sus esfuerzos y combates, sus creaciones y sus ideales, habrán existido. ¿Para qué? Precisamente ese ¿para qué? contradice á su sistema mecánico sobre la concepción del mundo, puesto que esa pregunta no puede hacerla más que el espíritu dotado de inteligencia. Por consiguiente, ni la construcción de la historia *a priori* en virtud del pragmatismo empírico ó psicológico, ni el método de la ciencia natural según leyes de una férrea necesidad, podrán nunca llevarnos al conocimiento de la esencia íntima de la historia. ¿Por qué? Porque sólo podremos tener una idea completa de la relación de dependencia y armonía que existe entre todos los espíritus, después de habernos remontado hasta la consideración del mas alto de todos ellos, del cual todos los otros proceden por creación, y al que todos tienden, atraídos por intrínseco parentesco.

Según esto, el mismo deseo de llegar á un conocimiento profundo de la historia, nos guía necesariamente á Dios. Libre Él mismo y respetando la libertad del hombre que él mismo ha creado, dirige el curso de los sucesos, guiando y animando á los dóciles y venciendo á los que á su acción oponen resistencia. La más trascendental de sus obras y la que penetra y explica la historia de mundo, fué la encarnación del Verbo divino. Sólo con ella es po-

(1) Fr. de Hellwald, «Culturgeschichte» (Historia de la Cultura) II, 726 y 92. (ed. 2, Augsburgo: 1883).

sible construir la historia universal, pues solamente en Cristo se dió cuenta la humanidad de su propia unidad y con él se abrió el horizonte al historiador que antes no traspasaba las fronteras de su propio pueblo. Por eso la historia profana está en relaciones tan íntimas con la historia de la Iglesia, que en cierto modo pudiera ésta considerarse como el alma y principio motor de aquélla. Con lo cual, mi querido Timoteo, volvemos de nuevo al pensamiento de San Agustín, indicado al principio de mi carta. Cuantos esfuerzos hagamos para concebir el enlace entre los diferentes acaecimientos de la historia universal, resultarán inútiles mientras cerremos los ojos ante la parte interior de esa misma historia, es decir, mientras se elimine la acción de una superior providencia que todo lo dirige: sin esta reflexión interior, la historia permanecerá para nosotros sellada, como el libro apocalíptico de los siete sellos. ¿Para qué todo eso? nos preguntaríamos: ¿para qué esa suma de dolores que cual inmenso mar se extiende sobre la humanidad? ¿Á qué viene ese perpetuo cambio de nacer y morir, de florecer para luego marchitarse, ese luchar constante sin un momento de reposo y esa calma interior que no es la verdadera paz? Seguramente, mi querido Timoteo, habrás leído á Tácito y quedado sorprendido ante aquellas palabras llenas de cólera que pronuncia contra el género humano degenerado, y ante la amargura con que expresa su desesperación de que la verdad llegue á obtener la victoria sobre la mentira. En toda la historia no ve más que una confusión caótica en la cual él mismo no encuentra salida: el hombre para él no es sino «un juego de los dioses» (1).

No, al hombre no le es dado naturalmente penetrar el sentido profundo de la historia, y por eso ha menester de

(1) Ansal. III, 18: «Mihí, quanto plura recentiorum seu veterum revolveo, tanto magis ludibria rerum mortalium cunctis in negotiis observantur. Quippe fama spe veneratione potius omnes destinabantur imperio quam quem futurum principem fortuna in occulto tenebat.»

una revelación que le descifre este enigma. Jesucristo Salvador fué el que rasgó el velo que desde hace miles de años la cubría. El Hijo de Dios vino, en efecto, al mundo para establecer su reino en la tierra, un reino propio suyo, cuyo diseño había sido trazado, «ab aeterno» por el Padre; un reino que debía perfeccionarse por él y con él en el curso de los siglos posteriores mediante el influjo de la providencia y la humana libertad; un reino, en fin, en el cual debía evidenciarse la verdad del mismo Jesucristo y mostrarse su gracia en toda su fuerza y revelarse toda su santidad. Pero el hombre oponía resistencia á los desig- nios de Dios, y Dios le dejó marchar por los caminos que él libremente había escogido. Seguramente no ignoras, mi querido Timoteo, cuáles fueron esos caminos: el hombre pecador se lanzó en el largo y pedregoso camino de la abominación y del pecado, marchando entre densas tinieblas (1) y palpando á todos lados por si encontraba al mismo que en los tiempos primitivos había abandonado. Dejó Dios á su arbitrio la elección del bien ó del mal: por la imposición de leyes y preceptos quiso poner un dique al abuso de la libertad, más sin hacer imposible tal abuso, y dispuso, al fin, las cosas de tal modo que todo resultó para su mayor bien. La voluntad perversa debía experimentar la fuerza del alto poder que guarda el orden moral eterno contra cualquiera criminal atentado. Vino sobre el hombre el mal que por su voluntad propia había elegido, y la historia es el testigo más terrible de la miseria que tal elección le acarreó. Al ver la figura lastimera que ofrecía el hombre en este estado, el Hijo de Dios se ofrece por mediador y Salvador, pues, como dice San Atanasio (2), convenía que el hombre fuese regenerado por aquel mismo á cuya imagen había sido creado. De este modo y paralela con el pecado se desliza, á través de la historia, la corriente de la gracia por medio de esa serie de profecías

(1) Act. Apost. 17, 27.— (2) De incarnatione Verbi c. 1.—8.

y milagros, de acciones y personajes, de instituciones y cosas sagradas que constituyen la historia santa de la cual propiamente recibe la historia universal su verdadero sentido y trascendencia. Hasta Jesucristo su importancia consistía en su carácter esencialmente instructivo y preparatorio; Jesucristo se descubre á través de la historia del mundo antiguo en las palabras de sus profetas, en los preceptos que habían de alejar á su pueblo de todo contacto impuro con los paganos, excitando en él al mismo tiempo la conciencia del pecado y el deseo de la regeneración, en los actos sagrados que, por la esperanza en él, comunicaban la gracia. Y cuando llegó la plenitud de los tiempos, él mismo apareció entre nosotros, hecho hombre é igual á uno de nosotros, esparciendo luz y gracia y fuerza y energía sobre toda la humanidad. Antes, la misión de la historia consistía en preparar á la humanidad todo lo mejor que podía para recibirle en su seno; ahora su deber principal consiste en impregnarla más y más de su espíritu, penetrar en los misterios de su vida y de su gracia, beber de ésta en abundancia y hacer que su acción se refleje lo mismo en la vida de los particulares que en la de la sociedad. Esto nos da por sí mismo la división de la historia universal en dos grandes periodos, á saber: la historia antes de Jesucristo y después de Jesucristo. La historia antes de Jesucristo, la trazó en luminosos rasgos el Apóstol cuando hablando del mundo pagano dijo: «Á pesar de haber conocido á Dios no por eso lo glorificaron como á tal ni le dieron gracias: sino que ensorbercidos se desvanecieron en sus discursos y quedó su corazón sumergido en las tinieblas; y mientras que se jactaban de sabios pararon en ser unos necios, hasta llegar á transferir á un simulacro é imagen de hombre corruptible y á figuras de aves y de cuadrúpedos y de serpientes, el honor debido solamente á Dios incorruptible é inmortal. Por lo cual Dios los abandonó á los deseos de su depravado corazón, á los vicios de la impureza, hasta llegar á deshonor

rar sus propios cuerpos. (1) He ahí el mundo, mi querido Timoteo, antes de Jesucristo: el hombre negaba á Dios lo que por derecho propio le pertenecía, poniendo su propia voluntad sobre la de su Señor; para realizar esto se apartó voluntariamente de la luz y abrazó las tinieblas viniendo así á tener por herencia el pecado y la muerte. Á pesar de todo, la imagen de Dios, impresa en su alma, y con ella el deseo á una suerte mejor, permanecía en él, y esto fué lo único que conservó de la rica herencia que sacara de la casa paterna. Mas con la sentencia del castigo, le fué también anunciada la salud futura (2). Toda la historia de la humanidad hasta Jesucristo no es más que una constante preparación para esta salud. Y al bajar al mundo el mismo Dios, en la persona del Hijo, toma del corazón mismo de la humanidad nuestra forma, apropiándose esta misma humanidad, formóse un nuevo centro de comunicación de donde parten nuevos caminos desde lo más profundo de este valle de lágrimas hasta las mayores alturas del cielo empíreo, desde el destierro hasta la patria. Con Cristo nació también aquella nueva raza que juró solemnemente devolver á Dios el honor y la obediencia que la antigua generación le había robado, porque veía mostrarse al mismo Jesucristo hecho obediente hasta la muerte. Él tornó á Dios el honor que el pecado le había negado, resarcíó la culpa y se hizo al propio tiempo guía y modelo de aquella misma humanidad que en él había renacido. La semilla de la salud recobrada germinó y de día en día creció más lozana.

La historia después de Jesucristo es propiamente la historia del cristianismo. Por todas partes ha inoculado éste vigorosas fuerzas é introducido, con la fe, nuevas formas de vida, penetrando con su espíritu todas las esferas, sus alturas y profundidades, y venciendo, aunque á costa de muchos combates, al paganismo y judaísmo. Aunque es cierto que la extensión del reino de Jesucristo, en dife-

(1) Rom. 7, 21 - 24. - (2) Gen. 3, 15.

rentes épocas, presenta caracteres diversos (cristianismo de los primeros siglos, época de los Padres, edad media y moderna), en sus principios es siempre el mismo, esto es, un templo de Dios en la humanidad, en el que Jesucristo ofrece al Padre el solo sacrificio digno de su divina majestad; y cada oración que sale de un corazón devoto, cada acción buena y cada sacrificio moral, ofrecido en unión con el sacrificio de Jesucristo, son otras tantas piedras para acabar aquel edificio espiritual. Duras y múltiples son las batallas que la Iglesia ha librado desde el principio y libra cada día para poder continuar su camino; y aunque sea diferente el nombre de aquellos que la combaten y las armas que contra ella emplean (gnosticismo, arrianismo, mahometismo, bizantinismo, reforma, revolución, etc.), en suma siempre es la lucha de Babel contra la ciudad santa de Dios, lo malo, que tan pronto llama en su auxilio á los falsos dogmas, ó busca su apoyo en las violencias políticas, como procura embriagar á los pueblos con los goces materiales, ó engañarlos prometiéndoles una autonomía igual á la de los dioses.

Así comprendemos, en cuanto nos es permitido, el sentido de la historia santa, y por ella el significado y trascendencia de la historia universal. Dios pone los hilos de esta madeja, y el hombre por medio de su libertad ejecuta la trama, resultando así la historia una obra donde entran la acción de Dios y la del hombre. Lo mismo que acontece con la historia de un particular, sucede con la de los pueblos en general. En este concepto, el pueblo de Israel es á modo de paradigma de la historia de los demás. Dios atrajo hacia Jesucristo á los verdaderos israelitas que carecían de dolo, preparando la cuna de la Iglesia; á aquellos otros, por el contrario, cuya inteligencia y afectos se habían fijado en la tierra, y cuyos ojos voluntariamente se habían cerrado á la luz, los rechazó entre los otros pueblos.

Esto te dará una idea, mi querido Timoteo, de la posi-

ción que ocupa la historia de la Iglesia, relacionada con la historia universal, en el concepto cristiano. No son ciertamente idénticas, no siendo tampoco idénticas la humanidad y la Iglesia, pero sus relaciones son las más íntimas. Es cierto, como dijo San Crisóstomo, que el mundo fué creado para la Iglesia de Cristo; pero el mundo debe entrar en la Iglesia, y la Iglesia penetrar al mundo. La historia universal es la exposición ordenada de todos los acontecimientos de la vida humana; la de la Iglesia, por el contrario, expone aquellos solamente que de una manera directa tienen relación con la Iglesia de Cristo. Con todo, el historiador eclesiástico no puede prescindir de la historia universal, por las relaciones de reciprocidad que antes hemos indicado, y porque de la Iglesia se deriva la vida de la humana sociedad, como del alma se deriva la vida del cuerpo. De la Iglesia, en efecto, dimanar, hasta los últimos confines del mundo, los luminosos rayos de la verdad que Jesucristo trajo á la tierra, siendo como el punto donde Dios toca al mundo con su mano para sostenerlo, y para que no se precipite en la negación, la ignominia y el pecado, como sucedía en los siglos anteriores á la venida de Jesucristo. Por otra parte, también la historia universal ejerce cierto influjo en la de la Iglesia. Todos los vaivenes y trastornos de la historia del mundo y sus grandes acontecimientos, lo mismo prósperos que adversos, tienen en ella su resonancia y la colocan en distintas circunstancias; pues aunque es cierto que la Iglesia no depende del mundo, no lo es menos que está en él y para él existe. En su constitución íntima, en sus dogmas y en su culto esencial de la Iglesia no sufre alteración alguna, como tampoco la sufre el espíritu que le comunicó Jesucristo; pero con este elemento divino se debe, como con enérgica levadura, fermentar la masa de la humanidad; el grano de mostaza se debe transformar en árbol copulento; en el curso de los siglos, la semilla esparcida por la mano de Dios debe fructificar rindiendo el ciento por

uno: considerada así la Iglesia está sujeta á mudanzas, por cuanto su actividad exterior puede desenvolverse más ó menos libremente según los obstáculos que á su acción pongan sus enemigos. También considerada en sus doctrinas, culto y disciplina, puede, en cierto modo, decirse que está sujeta á alguna mudanza y progreso, esto es, que constituye una historia: las herejías obligan á la Iglesia á formular sus dogmas más explícitamente; la ciencia se esfuerza en sacar cada día más amplias consecuencias de los principios revelados; nuevas necesidades producen formas nuevas en el culto y en la disciplina; y en todos los actos de la vida humana interviene la Iglesia para penetrarlos y santificarlos con su espíritu divino.

Con razón, pues, decimos que hay una historia de la revelación en general, y del cristianismo y de la Iglesia en particular, puesto que constituyen un sistema completo de hechos divinos ocurridos en el tiempo, que por esto mismo forman historia en su sentido más eminente.

Podemos pues considerar la historia de la Iglesia como la historia del crecimiento de la fe de Jesucristo en la humanidad mediante la Providencia divina y la humana libertad. Y precisamente, porque en la libertad el hombre se debe dar á la dirección de Dios, tienen lugar en este crecimiento progreso y retroceso y oposiciones y luchas así en los individuos como en la vida de los pueblos. Mas á pesar de todas las luchas y oposiciones, el plan divino se cumplirá hasta el fin y ningún poder creado será capaz de impedirlo.

Esto te indica, mi querido Timoteo, el espíritu con que has de estudiar la historia de la Iglesia y el fruto que debes sacar de su estudio. En una carta anterior te hablé de la famosa teoría de algunos modernos que pretenden que la condición necesaria para entrar en el estudio de una ciencia es la exclusión de toda suposición previa. Esta famosa teoría, tan especiosa como falsa, fue sostenida principalmente por Strauss y aplicada á la exégesis bibli-

ca, y á pesar de todo, el gran ateo en sus últimos años hubo de reconocer que en las cuestiones que afectan al cristianismo, tal sistema de exclusión de toda presuposición no puede hallar cabida (1). En efecto, no se trata aquí de la historia de Egipto ó de la India, p. ej., que ninguna importancia tienen para nuestra vida religiosa, sino de lo más alto y sublime, de la acción divina sobre los destinos de la humanidad, de Jesucristo y su palabra, de la fe y de la infidelidad, en fin se trata de la vida eterna, esto es, de una felicidad ó infelicidad sin término. Solamente colocados en el centro del cristianismo y de la Iglesia podemos formarnos idea cabal de lo que es la historia de la Iglesia: sólo desde allí comprendemos lo mucho que Dios ha dado y lo poco que el hombre ha merecido; y sólo mirada desde allí aparece esta vida de elementos tan diversos como un todo armónico. Donde esta concepción no existe, el historiador divisa únicamente un caos de confusión, y hasta se expone á hacer de la historia eclesiástica una como crónica escandalosa y á considerarla como una palestra donde se combate con los fantasmas más absurdos ó por medio de mentiras, según nos lo testimonia una dolorosa experiencia.

Sí, mi querido Timoteo: precisamente esta concepción francamente católica de la historia es la que nos hace aptos para descubrir la verdad en los diversos acontecimientos humanos, para conocerla y confesarla. El incrédulo es por necesidad parcial en tal asunto, puesto que francamente se ha declarado contra Dios. La Iglesia no es parcial, pues á ella pertenece el mundo entero, y al mismo tiempo que está segura de su misión divina y de su duración eterna, reconoce que el error y el pecado acompañan á la naturaleza humana de sus miembros; y en medio de este fondo oscuro ve destacarse más luminosa la acción divina. Solamente pues el historiador cristiano es capaz de poseer las condiciones de «estudio crítico de las

(1) «Das leben Jesu» (La vida de Jesucristo), proemio.

fuentes, concepción imparcial, exposición objetiva, representación de la verdad pura», que un sabio alemán exige como indispensables en el verdadero historiador (1). ¿Cómo podrá, en efecto, el incrédulo tener exacta y apropiada idea filosófica de la materia críticamente considerada, cuando toda su filosofía estriba en la negación de la revelación sobrenatural? (2) Semejante historiador es impotente para comprender con claridad la doctrina de las fuentes históricas y mucho más lo será para exponerla sin enturbiarla. A decir verdad, mi querido Timoteo, la actitud del historiador en punto á la verdadera religión es un factor esencial en la consideración filosófica. Tarde ó temprano, la investigación histórica penetra en el campo de la religión, es decir, formando el historiador cabal juicio sobre lo que ha sacado del estudio de las fuentes; y por consiguiente para el historiador eclesiástico sólo resta este dilema, á saber: ó todo esto ha sido ordenado por la Providencia, ó es un eterno é indescifrable enigma.

El observador colocado en una alta torre, ve á los que divagan por el laberinto, conoce sus senderos tortuosos y descubre perfectamente la salida, mientras que los mismos que andan perdidos en este laberinto, ni conocen su yerro ni la manera de remediarlo. Así el único que con acertado criterio puede escribir la historia de las diferentes religiones extrañas y anteriores al cristianismo, es el historiador cristiano, puesto que solamente en el cristianismo poseemos la verdadera idea de la religión, teniendo en él una regla por la que podemos examinar y conocer el grado de verdad ó la falsedad de las otras re-

(1) L. de Ranke, «Analecten der englischen Geschichte» (Analectas de la Historia de Inglaterra). Por el contrario, E. Zeller, D. F. Strauss, E. Renan han llegado á considerar la negación de lo sobrenatural como la esencia de la crítica. Véase Renan, *Études d'histoire religieuse* (París 1857) p. 137.

(2) A este propósito observa W. Maurerbrecher, que las grandes ideas religiosas, políticas y filosóficas, una vez que han llegado á constituir en el hombre su criterio acerca del orden universal, determinan ciertamente el resultado final del pensamiento para penetrar é investigar la historia universal.

ligiones y separar en ellas la verdad del error. Sólo á la luz del cristianismo y su historia, lo repetimos, podemos conocer y distinguir en su esencia los sistemas que están fuera de él; y lo que es más, el cristianismo es el único que sobre esa multitud de sistemas y religiones falsas ha hallado triunfante y vencedor. En esto precisamente reconocemos su divina eficacia, y vemos claramente que sólo aquí brotan las aguas de la vida, y que fuera de él todo desierto, desolación y muerte.

Te he indicado antes, mi querido Timoteo, que sólo á la luz de la fe en Providencia divina y sólo bajo la idea cristiana del orden del mundo es posible una filosofía de la historia. Ésta es también una prueba de la existencia de Dios, que no siempre se ha procurado utilizar. Lo propio ocurre con la historia de la Iglesia: nada demuestra con mayor evidencia, ni hace tan creíble á todos la divinidad del cristianismo como su historia de casi dos mil años. Cuanto más profundizamos en ella, cuanto con mayor cuidado examinamos la esencia de su vida y de su fuerza divinas, su influjo en todas las manifestaciones de nuestra vida en la ciencia, en el arte, en la sociedad y en el derecho, en el santuario de la conciencia, lo mismo que en el gran teatro del mundo, en todas partes, tanto mejor percibimos la acción bienhechora de la Iglesia, el de su misión divina.

Considerada bajo este aspecto, la historia eclesiástica es una parte de la apologética, y por ella así como por ésta somos espiritualmente confortados y edificados. En todas sus páginas podemos leer, si abrimos á la luz nuestros ojos, la realización de aquellas consoladoras palabras que el Salvador dirigió á sus discípulos cuando les dijo: «Confiad, yo he vencido al mundo.» (1) Tiempos ha habido en que temerosas borrascas se han desencadenado contra la Iglesia, en las cuales parecía estar ésta próxima á perecer. Paganismo y judaísmo unidos en consorcio abomina-

(1) 1o. 16, 33.

ble, cismas y herejías sin cuento, los poderosos de la tierra y una falsa ciencia al servicio de la política maquiavélica, se han conjurado mil y mil veces contra ella; pero todo esto no ha hecho más que multiplicar sus laureles, extender el radio de su acción benéfica y hacer más brillante su triunfo. A medida que las necesidades especiales de la época lo han exigido, ha hecho el Señor parecer en su Iglesia hombres llenos de fe, y robustecidos por la esperanza, santos, doctores, papas y reyes, que por medio de su poderosa palabra y eficaz ejemplo trajeron á muchos en pos de sí, é imprimieron nuevo entusiasmo en aquellos que parecían yacer en el sueño de la muerte.

Esta consideración me mueve á manifestar aquí un deseo. El porvenir pertenece á la juventud, y quizá entre mis jóvenes lectores haya alguno á quien la realización de mi pensamiento esté reservada. Grandes esfuerzos ha costado abandonar á la historia el método anticuado y rutinario que hasta hace poco seguía, y haría entrar en los nuevos derroteros, refiriendo no solamente los hechos políticos, sino también abarcando la vida universal en el arte y en las ciencias, en los usos y costumbres, en la religión y en el culto, en la sociedad y en la familia, en una palabra, transformándose en verdadera historia de la cultura. Hasta hace pocos años, en las llamadas «Historias universales» se nos hablaba mucho de la guerra y de la paz, de asuntos y de tratados políticos; pero apenas se nos decía una palabra de lo principal de la historia, que es el hombre, es decir, su modo de pensar y su vida íntima. Otro tanto ocurría con la historia de la Iglesia. La vida cristiana tal como se manifiesta en los monjes y anacoretas de los primeros siglos, en las diferentes formas del culto, en la ciencia y en el arte, en la poesía y en la oratoria, en el desarrollo de la instrucción pública y privada, en el cuidado de las viudas y los huérfanos, en los grandiosos ejemplos de piedad y fraternidad, y de heroísmo cristiano que tan visiblemente se revelan en las Actas de

los mártires, y que son tan apropósito para impresionar profundamente nuestros cristianos corazones: de todo esto se hablaba muy poco consagrándose sólo una atención puramente secundaria. La época reciente ha roto con esa mal entendida tradición y emprendido la ejecución de dicho plan, en la cual han trabajado ya excelentes obreros de la ciencia, como Hefele en sus «Apuntes para la historia de la Iglesia» (1) y en su «Historia de los Concilios» (2), Theiner; Binterim, Ratzinger en Alemania, Wiseman en Inglaterra y otros sabios católicos, cuyos triunfos nos hacen augurar que está próximo el día en que tengamos el placer de ver una historia completa de la cultura católica (3).

Ya dejo antes dicho, mi querido Timoteo, que el paganismo no poseía propiamente una historia universal, sino solamente historias particulares, de los griegos, ó romanos, p. ej. La historia universal, en su propio concepto, es una creación del cristianismo, que ha proclamado el dogma de de la unidad del género humano, su procedencia de un tronco común y su fin idéntico. Para el griego sólo existía el griego, y para el romano, el romano, y la hermosa palabra «humanidad», que nunca pronunciaron los labios de Sócrates, Platón ni Aristóteles, la pronunció el cristianismo (4). Del mismo modo, sólo en el cristianismo y en su desenvolvimiento en la Iglesia puede encontrarse la historia de la cultura; pues la Iglesia es la que extiende la verdadera cultura ético-religiosa, fomentando así de la manera más enérgica la cultura general (5). A ella solamente se ha prometido una duración perenne; promesa que no se ha hecho á ningún otro poder ó cultura, por muy alto que se hayan elevado. Durante aquel obscuro período histórico en que las barbaries se extendie-

(1) Tubinga 1864-3. Ed. (2), Friburgo 1886 y sgs. — (3) Para los católicos alemanes, esta esperanza ha sido ya, en parte, realizada en la obra excelente de Grupp: «Historia de la cultura humana en la edad media».

(4) Así se expresa Mac Müller, *Essays*, vol. II. — (5) Véase Rob. de Nostitz-Rieneck, «Das Problem der Culture» (El problema de la cultura), Friburgo 1888.

ron é inundaron las diferentes naciones entonces conocidas, ella fué la que tomó el arado haciéndole penetrar de nuevo en las entrañas de la tierra desolada, y la que abrió las puertas de su escuela de moralidad y de civilización á los pueblos incultos. La enseñanza más consoladora que en el estudio de la historia recogemos, es que, caso de realizarse la catástrofe que anuncian los síntomas sombríos que por todas partes obscurecen el horizonte del porvenir, la Iglesia será la que por segunda vez podrá salvar á la humanidad del naufragio, comunicarle esperanza en medio de la desesperación y devolver la vida en la enfermedad mortal que sobre ella venga.

## ARTÍCULO XXIX

### LOS SANTOS PADRES

Los santos Padres, testigos del influjo de la Iglesia.—Su carácter especial.—Su importancia capital para la dogmática, la exégesis, la teología moral y la pastoral.—Su ejemplo en la Iglesia.—Por qué se llaman nuestros padres y maestros.—Método en el estudio de la patología (1).

Terminaba mi última carta, querido Timoteo, expresando el deseo de que aparecieran pronto hombres aptos para escribir una historia completa de la cultura católica, y añadía que ya se habían hecho en este sentido ciertos ensayos que permiten augurar el mejor resultado. Es preciso que de todas partes se reúnan los sillares, y que hábiles arquitectos los coloquen y dispongan ordenadamente, levantando así el gran edificio de la historia de la cultura en el mundo cristiano. Buena parte de este trabajo se encuentra ya realizado en las obras de los santos Padres; lo que hace falta, es estudiarlos no solamente bajo el aspecto dogmático, sino también considerando su importancia para la historia de la cultura cristiana de su época. En efecto, en sus numerosos volúmenes, los santos Padres

(1) De la carta 29 del «Timoteo» de Hettlinger.

nos pintan, á veces con los más vivos colores, la suerte diversa de la Iglesia, su acción fecunda en los pueblos, su influencia tanto en la vida social como en la privada, en el santuario del sacerdocio como en el taller del obrero, en el estrecho hogar de la familia como en el vasto teatro de la vida pública, ofreciéndonos de este modo una serie de descripciones en la que se nos dibuja la vida del cristianismo de los primeros tiempos. Dogma y moral, usos y costumbres cristianas, todo aquello, en fin, que antes he insinuado como objeto de la historia de la cultura católica, todo se encuentra descrito en sus obras, casi siempre de mano maestra. Es cierto que sus doctrinas acerca de los diferentes dogmas han sido compiladas en las modernas historias de los dogmas; que las herejías que ellos combatieron, han sido objeto de profundos estudios críticos, y que se dan también noticias sobre la época en que vivieron, las circunstancias político-jurídicas en que su acción se ejerció etc.; pero esto es sólo algo de lo mucho que en sus obras se parece; ¿y qué viene á ser todo ello comparado con la palabra viva que nos habla en sus escritos? Al leerlos parecemos sentir el soplo de su espíritu, cual si todavía estuvieran presentes. Así se ofrece todo á nuestros ojos de un modo plástico y como tangible. Si es cierto que el espíritu del hombre se manifiesta en sus palabras, preciso es confesar que, en esa vasta literatura patológica, se nos descubre el espíritu y esencia del cristianismo de un modo tan real, que parece como que respiramos de nuevo en ella la atmósfera de aquellos siglos, y que contemplamos el interior de aquellos grandes hombres que, en medio de un mundo completamente degenerado, por la fuerza de su fe, la alteza de su intención y la energía de su voluntad, llegaron á crear un nuevo mundo y una nueva civilización, la civilización cristiana. De ellos debemos aprender, y familiarizándonos con sus obras adquirir aquella idea viva del cristianismo, aquella serenidad y firmeza de juicio y aquel sentimiento de verdadera ortodoxia que

nos han de preservar, así de un subjetivismo limitado y parcial, como del estancamiento y servilismo de la letra.

En una sola página de esas obras maravillosas parecen leer grandes pensamientos escritos con letras unciales en los monumentos de la antigüedad, mientras que la lectura de muchas obras modernas no nos producen más impresión que la de una hoja sacudida por el viento, que en un momento desaparece. Cualquiera que tales obras haya leído, no podrá menos de admirarse al ver que, en medio de la corrupción política y de la disolución social de aquellos siglos, cuando gobernaban eunuocos, y las hordas de los bárbaros inundaban el imperio, aparecieran hombres tan extraordinarios y dotados de tan férrea voluntad, que fundaran un nuevo mundo que se consolidaba y florecía al mismo tiempo que el gran imperio del orbe se desplomaba y caía hecho pedazos. En ellos el dogma no es un concepto muerto, sino una acción del hombre interior, la base espiritual de todos sus pensamientos, la fórmula que sintetiza sus ideas acerca de Dios y del mundo. Para ellos la Iglesia es la atmósfera en la que respiran y viven, un nuevo mundo que saludan con tanto mayor reconocimiento cuanto mayor era la miseria del paganismo que tan bien habían conocido; un mundo en el que como nuevamente nacidos vivían alegremente, pues reconocían en él «la casa de Dios y la puerta del cielo.» En Homero se formó la juventud griega, y en él se nutrieron todos los filósofos, historiadores, poetas y artistas griegos; de él recibió el sentido religioso helénico su carácter y forma peculiar, y su estilo fué el modelo que se esforzaron por imitar las generaciones posteriores de su pueblo. Sin Homero no se comprenden ni la poesía ni el arte griegos. Otro tanto ocurre con los santos Padres respecto de nosotros. Así como allí toda la vida griega se reducía á Homero, del mismo modo lo que aquí es genuinamente cristiano, se halla en los santos Padres, y va impregnado de su espíritu. Tratando familiarmente con los Padres nos

haremos semejantes á ellos, y aprenderemos á mirar las cosas de este mundo desde el verdadero centro, Jesucristo, refiriéndolo todo á él é informando nuestra vida de su espíritu. Ellos nos enseñarán á pelear las batallas del Señor contra el error y el pecado, y sobre todo contra la herejía. Según en mis cartas anteriores he demostrado, no despreciaron los santos Padres los tesoros de la ciencia que poseía el mundo pagano, lo que les hizo mucho más aptos para observar y juzgar á éste, hallándose encubiertos en las alturas del cristianismo, poniendo al servicio de la Iglesia los recursos de su experiencia; mas, por otra parte, habían visto por sus propios ojos la pobreza interior del paganismo: después de haber estado sentados ellos mismos algún tiempo en las tinieblas y sombras de la muerte, ¡con cuánto regocijo no saludarían la luz que brilló en Jesucristo, como la aurora después de una noche oscura, y cuán altamente supieron apreciar su gracia! El pensamiento de esta grande misericordia los impelia á combatir por la causa de su glorioso libertador con toda la fuerza y agudeza de su ingenio y con toda la energía de su alma, llena de fervor. En ese fuego nos hemos de templar nosotros: en ese valor debe mirarse el nuestro; ese celo y ese entusiasmo han de inflamar nuestros corazones por la causa de Dios. Añádase á esto, que su exposición de la doctrina católica es al mismo tiempo tan sencilla y convincente, tan clara y tan profunda, tan correcta y tan delicada, que con razón ha servido de modelo á todos los siglos posteriores. Es más: ciertas cuestiones dogmáticas las trataron con tal lógica y agudeza que apenas si en los tiempos de mayor actividad teológica se ha podido añadir nada nuevo á lo dicho por ellos. Los ejemplos de San Atanasio en la cuestión de la Encarnación, y de Atenógoras en la de la resurrección de los cuerpos, son prueba suficiente de nuestra afirmación, y sería inexacto creer que estos son los únicos.

Estas, entre otras muchas, son las razones por las cuales

es tan importante para nosotros el estudio de los santos Padres. Ellos fueron en efecto los que recibieron las primicias del espíritu vivificador que aparece sin interrupción en la Iglesia. Cualquiera que sea la rama de la teología que escojamos para nuestro estudio, recurramos siempre á ellos, pues la experiencia ha demostrado que las épocas más escasas de fervor y más pobres de obras teológicas, son precisamente aquellas en que más se descuidó el estudio de los santos Padres. Si este estudio se deja, el teólogo caerá en el subjetivismo y sufrirá el influjo de la filosofía de la época, viéndose precisado á mendigar ideas en los extraños por haber despreciado la rica herencia de la casa paterna, cuyo valor no estimaba porque no lo conocía. Con el estudio de los Padres ha ocurrido lo mismo que con la filosofía de la edad media. Durante muchos siglos permanecieron en el olvido más absoluto aquellas épocas de poderoso trabajo intelectual y de labor profundos. Después, conocidas completamente por la mayoría, fué preciso que la edad moderna descubriera de nuevo sus tesoros y abriera aquella urna cerrada donde se guardaba el oro de la más pura ley. La Reforma ¡habría sido posible si Lutero, Calvino y los demás corifeos hubieran leído y comprendido bien á los santos Padres?

Y no solamente la dogmática, sino también la exégesis debe volver á los santos Padres; así encontrará á cada paso preciosas perlas en sus magníficas obras. Porque ¿acaso no fué la Biblia el objeto continuo de su meditación, y su lectura la ocupación más sagrada y para muchos de ellos el estudio de toda su vida? De San Juan Crisóstomo se cuenta que el mismo San Pablo ilustró su inteligencia; así debemos nosotros dejarnos guiar de él en la inteligencia de la Sagrada Escritura. No hay duda que la época moderna ha reunido, para su explicación, cierto material científico que no encontramos en los santos Padres, al menos, no con tanta abundancia; pero el espíritu que en las obras de éstos palpita, aquella vigorosa fuerza

de la fe virgen de que estaban adornados, y que les hizo penetrar la palabra de Dios, que parece reflejarse en ellos como en limpio espejo, esto es lo que de ningún modo pueden reemplazar la erudición y el espíritu de investigación modernos.

Y ¿cómo hablarte, mi querido Timoteo, de las reglas sabias y prácticas de vida cristiana contenidas en sus libros, ó de los saludables consejos para ejercer con fruto el delicado oficio pastoral? Sería preciso para esto citarlos á todos. En una de mis anteriores cartas noté ya su importancia capital para el estudio de la teología moral, expresando el deseo de que nuestra juventud eclesiástica se consagre con mayor atención al estudio de los Padres bajo este aspecto. Mas no solamente nos dejaron excelentes reglas en este sentido, sino que ellos mismos fueron perfectos modelos de moral cristiana y de celo, verificándose en muchos de ellos la palabra del Salvador: «El buen pastor da la vida por sus ovejas.» (1)

Por lo que atañe á la elocuencia cristiana, para la cual según algunos no pueden servirnos de modelos los santos Padres, ya en mis «Aforismos» dejo refutado lo erróneo de esta aserción, probando hasta la evidencia todo lo contrario y haciendo ver la importancia que en esta materia tiene el estudio de los Padres. No hay duda que bajo este aspecto también pueden servirnos de ejemplar, y lo que San Agustín decía de la Sagrada Escritura, es también aplicable á los santos Padres, á saber; que cuanto más pobre uno se sienta por lo que tiene de propio, tanto más ha de procurar enriquecerse con lo que de ella puede tomar, y el que en sus palabras aparece pequeño, esfuércese á ser grande por medio de su testimonio.

Así es, mi querido Timoteo, cómo las obras de los santos Padres mediante su influencia palpable en las de los otros maestros y doctores de la Iglesia, desde los prime-

(1) Io. 10, 11.

ros siglos hasta nuestra época, constituyen en la historia una cadena que eslabona los primeros siglos con las últimas generaciones, comunicando á todas ellas su poderoso aliento. Convéncete, y los años venideros te darán la prueba, de que no hay en la teología cristiana pensamiento grande y elevado que en una ú otra forma no haya sido ya expresado por alguno de los santos Padres; los grandes pensamientos han sido ya emitidos por ellos, y lo que resta que hacer, no es sino encontrarlos. Terminó, pues, con las palabras de San Agustín: «No creo que nadie se ofenda al oír decir que la Iglesia aprende de los santos Padres, y que con diligencia procura investigar su sentir. Pues aunque la Iglesia de Dios sea siempre la misma, siempre viva y floreciente, y defienda la verdad, por lo mismo que se siente fortalecida con ella; con todo, los miembros de esta Iglesia, dispersos por el orbe, tienen que conocer la verdad revelada, ó de viva voz, ó mediante la Escritura y los santos Padres... y en este sentido con razón se dice que la Iglesia aprende de los santos Padres.»

Lo que te advertí en una de mis cartas anteriores, al hablar del estudio de la literatura en general, te repito ahora, mi querido Timoteo, al recomendarte con toda eficacia el estudio de la patrología. No creas haber hecho lo bastante con asistir á algunas lecciones ó conferencias sobre patrología y patristica: de ellas no conservarás más que cierta nomenclatura, una serie de nombres y fechas y una idea muy vaga é indefinida sobre cada uno de los santos Padres. Preciso es añadir al manual el estudio profundo de una ó dos de las principales obras de los más renombrados santos Padres. Al principio procura leer poco, pero profundizando todo lo posible, y dejándote penetrar de toda la verdad y grandeza de sus pensamientos. El trato continuo y familiar con esos héroes del catolicismo, no dejará de producir en tí un efecto poderoso y saludable: su lectura encenderá tu corazón en el amor de Jesucristo y comunicará á tus palabras la gravedad y bendición que

emana de ellos, puesto que ellos fueron los que, después de los Apóstoles, recibieron las primicias del Espíritu.

### ARTÍCULO XXX.

#### TEOLOGÍA MÍSTICA

*Escribe el P. Sacrest, Ord. Praed.*

Antes de entrar en la exposición del tema que el anterior epigrafe significa, será bien presuponer dos cosas, de las cuales la primera es que por acaso alguno pensará que mejor que aquí hubiera tenido lugar propio semejante materia en la primera parte de la obra, la cual trata de la *Virtud*. Y cierto que estaría muy ajustada tal obsección si pretendiéramos hablar aquí de la Mística en cuanto revela espíritu de oración y de recogimiento, en cuanto es más bien un ejercicio que una doctrina y enseñanza. En tal supuesto, no hay duda que no diría gran cosa con la índole de esta segunda parte.

Mas, si recordamos lo que tantas veces repite Santa Teresa; que en las dificultades del espíritu mejor se fiaba de un hombre letrado que de un hombre santo, comprenderemos la oportunidad de tocar en esta parte de la *Ciencia* el tema de la *Teología Mística*.

La segunda de las cosas que convendrá presuponer es que en ningún caso deben ser confundidas la Mística y la Ascética. Es error por demás común, aun entre personas al parecer bien informadas, confundir debajo de una misma denominación la Ascética y la Mística. Ambas á dos son escuelas ó doctrinas del espíritu que tienen por objeto encaminar las almas á Dios. Pero se diferencian esencialmente por la manera que en esto guardan. Puesto caso que mientras la Ascética dirige las almas por documentos y caminos ordinarios á todos conocidos, la Mística dirige los espíritus por vías extraordinarias, por movimientos, digámoslo así, irregulares que se escapan de la vista co-

mún de las gentes. Los ascetas andan con la fe, los místicos tocan más de cerca por visiones y maneras maravillosas la mano de Señor que los dirige. Los primeros andan más seguros, los segundos expuestos por más ligeros.

Donde es de advertir que así como las gracias gratis dadas no suponen la santidad, que también Caifás profetizó, así las gracias extraordinarias que experimentan algunas almas no son de sí solas pruebas suficiente de la santidad ni sirven gran cosa para graduar los merecimientos de cada cual de los santos. En todo caso son para las almas así favorecidas graves títulos con que deben quedar al servicio de Dios muy obligadas. Por lo cual se ve que así como algunas almas bien agradecidas no andan sino que corren por tal camino, otras, cuando menos se piensa, dan grandes caídas en castigo de su menosprecio.

Las almas, por el contrario, que siguen el camino de Dios guiadas por la palabra de la fe revelada en la Escritura (1) manifestada por los doctores y directores espirituales, sin intervención tangible del espíritu de Dios, andan por lo regular más despacio, pero con paso más firme y menos peligroso. Así Santa Teresa pedía á Dios en los principios de su santificación que la llevase el Señor por los caminos oscuros, pero firmes de la fe, entendiéndose que cuanto es de sí hay en esto mayor mérito.

Esto así supuesto, creemos que sería manca la ciencia en el eclesiástico, sino supiera los principales documentos de la vida espiritual, según los traen los autores ascéticos y las dificultades más capitales que los autores místicos señalan en los caminos extraordinarios. Siendo el sacerdote varón de Dios, no es posible, sin gran injuria de su vocación y ministerio, suponer que tal estudio le sea ajeno y menos familiar; antes, por la santificación que ha de llevar á los fieles, vea felizmente precisado al estudio y ejercicio de la perfección evangélica. ¿Qué párroco ó que

(1) También la Mística se apoya en la fe y en la Escritura; solo que tiene revelaciones sensibles ó tangibles aunque sobrenaturales.

confesor puede haber que ignore los caminos y consejos del Evangelio y las doctrinas más salientes de los Santos?

A pesar de todo no sería mal consejo que todos los días nos tomásemos, siquiera un cuarto de hora, para leer alguno de los muchos libros que tratan de la perfección cristiana. *Rodríguez*, aunque escrito para religiosos, es una excelente obra, que por manera teórica y práctica enseña los caminos de la perfección. *San Francisco de Sales*, inimitable por la dulzura y suavidad con que tras sí lleva el corazón del lector, es muy acomodado para personas á quienes la enfermedad, flaqueza natural ó situación social impide practicar ciertas materialidades que al fin no son la sustancia de la perfección. Así logró San Francisco de Sales, en su *Espíritu y Vida devota*, hacer penetrar el Evangelio en las cortes de los reyes, haciendo que su *Filotea* ocultara el cilicio debajo de la púrpura y ejercitara la humildad entre los honores de la tierra. Mas, uno de los autores que á decir del mismo San Francisco de Sales, ha escrito con mayor aceptación y sobre todos los puntos de la vida espiritual, es sin ningún género de duda Fr. Luis de Granada. Este escritor, cuyos frutos dijo un Pontífice, mayores son que el número de las letras que escribió, que fueron muchas, toma la cosa desde el principio de la conversión, preparándola y estimulándola en su *Guía de pecadores* para no dejarla sino en el hermosísimo tratado del *Amor de Dios*. Otros muchos autores pueden ser leídos con grandes provechos, tales como el V. La Puente, el V. Kempis y otros semejantes.

Pero si tales autores ascéticos deben ser leídos, los místicos deben ser estudiados. La Mística, según dejamos indicado, tiene más dificultosos caminos, y un mal paso puede resultar un verdadero tropiezo, llamando bien al mal y mal al bien, atribuyendo por ventura al diablo lo que es de Dios y á Dios lo que sea manifiesto engaño del demonio. En ninguna parte como aquí se goza el ángel de las tinieblas en transformarse en ángel de luz; y sabemos

que varones de gran espíritu no acertaron á conocer sus tramas. Juan Tanlero, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús y el P. Scaramelli tratan difusamente de los caminos extraordinarios por donde el Señor se complace en llevar á veces algunos espíritus privilegiados; y ahí es donde toman ocasión para amonestarnos de las infinitas ilusiones con que el enemigo engaña á las almas de los fieles y á los propios directores.

En la imposibilidad de seguirlos paso á paso nos limitaremos á señalar algunos caracteres que distinguen las buenas de las malas visiones y revelaciones de conformidad con la doctrina de San Ligorio en el *Apéndice 1.º del Homo Apostolicus*. Así pues, cuando son de Dios, 1.º suelen venir de improviso y sin premeditación anterior; 2.º al principio traen consigo terror y confusión, más luego dejan tranquilidad en el espíritu; 3.º suelen ser raras, por donde hay que desconfiar de las revelaciones frecuentes, y 4.º dejan al alma en gran paz y en claro conocimiento de su miseria, con horror á la ostentación de tales gracias y deseo ardiente de la perfección.

Al contrario sucede con las visiones diabólicas, las cuales entran con alegría, pero luego dejan el alma en confusión, sequedad é inquietud con más la propia estimación, apego al propio parecer y deseo de hacer sensibles tales favores.

Advierte, no obstante, Santa Teresa que aun aquellos mismos buenos efectos que dijimos caracterizaban las verdaderas revelaciones, puede para ser creído, producirlos el enemigo. Sin embargo, el discreto director, fijándose ante todo y después de todo en el espíritu de humildad de su discípulo y ayudándose de la oración, podrá, sino asegurarse siempre, prevenirse prudentemente contra todos los artificios diabólicos y llevar á buen término la perfección de las almas.

No crea el eclesiástico que este artículo tomado en su totalidad carece de importancia, escuchándose en la malicia

de los tiempos que no alcanzan á tales cosas cuales aquí se indican. La mano del Señor no está abreviada, y si en las apostasias del pueblo de Dios quedaba siempre algún Tobías ó algún Judas Macabeo, tampoco hoy faltan, por la misericordia de Dios, almas buenas, no digo en pueblos morigerados y cristianos, sino aún en medio de la nación perversa, que es en medio de pueblos descreídos y de ciudades populosas, debiendo para remate tener muy entendido que más bien hace alguna de esas almas fervorosas que muchas tibias y negligentes.

### ARTÍCULO XXXI

#### EL MISTICISMO DE SANTO TOMÁS

Dice el sabio Fr. Elías de Sto. Tomás, C. D. (1): Santo Tomás ha llevado una inmortalidad al cielo y dejado otra en su doctrina, en sus libros, que jamás se podrán leer, como los de sus coetáneo y hermano en el amor San Buenaventura, sin sentir los más vivos transportes del entusiasmo. A los pies del Crucifijo, supo Santo Tomás sorprender los más sordos gemidos del espíritu, para así remontarse mejor hasta Dios, ese abismo sin fondo de las almas. Su corazón, desbordado, loco de amor, sale como rayo luminoso en sus escritos, en sus palabras, en sus himnos, eterna confesión de lo infinito. De Santo Tomás, escribe el Cardenal González, puede decirse: «que al escuchar sus santas efusiones y sus llantos de amor; al escuchar sus gemidos sobre el destierro de esta vida, y sus tendencias impetuosas hacia la patria celestial, se recuerda involuntariamente á los cautivos de Israel, cuando sentados á la sombra de los sauces de los ríos de Babilonia, tristes recordaban las glorias de Sión y entonaban llorosos las canciones del destierro.»

(1) «Homenaje á Sto. Tomás», por Fr. Elías de Sto. Tomás, Carmelita Descalzo.

Angel por su inocencia, por su candor, por sus virtudes y por su intuición, vislumbrando la alborada de la patria desde las arideces del destierro, Santo Tomás en la cumbre de la Edad media, cuando fulguraba en el pensamiento de los filósofos el idealismo platónico y el espiritualismo cristiano, viene á reasumir en su corazón, en sus palabras, en sus escritos, en toda su existencia, las grandezas del misticismo, en cuyas olas suben las almas hasta anegarse en el seno de lo infinito; no de ese misticismo pantheísta engendrado entre nubes de aromas en los bosques de la India, que afirma que todas las cosas forman una sola, una substancia universal que llama Dios; y mira por consiguiente á los seres de este mundo, como fenómenos pasajeros de esa substancia universal, como centellas más ó menos brillantes del centro de luz de donde se desprenden y á donde van á morir á poco de parecer, ó como gotas del rocío de la mañana que se desvanecen luego que entra el día, volviendo de nuevo á formar parte del fluido aeriforme de que proceden; ni de ese misticismo todo penetrado de teosóficos ensueños, de prácticas teúrgicas, de palingénésicos periodos; no de ese misticismo filosófico venido de las tinieblas de Alemania, según el cual el alma manifestación espléndida del Ser divino, envuelta y limitada por la materia de nuestro cuerpo, está como desterrada de su patria y suspira por emanciparse de las condiciones de la vida presente, y volver al eterno foco de la existencia, concretándose, mientras no llegue á este anhelado término de su constante aspiración, á ensayarse en la contemplación de lo absoluto, sino de ese misticismo sobrenatural y celeste que irradió como la aurora de un nuevo universo en la Cruz sacrosanta del Calvario, que arrasó á la pecadora de Bethania á las plantas del Salvador divino; de esa ciencia infundida por Dios en las que se llegan á Él, después de haberse purificado de las aficiones desordenadas de su corazón.

Por esta razón, Santo Tomás, como Granada, Teresa de